

Ali Laïdi

# Los límites del universalismo occidental

Para el geopolitólogo francés, un mundo totalmente occidentalizado es un mundo perdido. Sólo la tolerancia y el derecho a la diferencia pueden salvarlo.

¿Es la mundialización simplemente una occidentalización? Para intentar responder a esta compleja pregunta, todavía hay que ponerse de acuerdo sobre la definición del concepto de Occidente. Muy presuntuoso será quien pretenda conocer sus límites exactos. ¿Occidente es una civilización, una geografía, un destino, una ideología o una idea? ¿O puede que sea un poco de todo eso a la vez?

Desde un punto de vista territorial, agruparíamos a la famosa tríada (Japón, Norteamérica y Europa Occidental), a la que habría que añadir Australia, Israel y algunos otros países desarrollados. En resumen, un inmenso conjunto esparcido sin homogeneidad geográfica... pero que comparte el mismo fondo cultural (heleno-judeo-cristiano) o la misma ideología económica, el libre mercado.

Y aun así, los modelos capitalistas difieren. Los trabajos del economista Bruno Amable distinguen al menos cinco y el Círculo de Economistas francés

describe una competencia encarnizada entre ellos que bien podría desembocar en una guerra de capitalismo.

¿Qué decir de la unidad religiosa? Es cierto que los habitantes del Viejo Continente y de Norteamérica creen en un mismo Dios, pero las formas de alabarlos son muy diversas. En Japón, evidentemente, las creencias están muy alejadas de la fe en la "Santísima Trinidad".

¿Cuál es el denominador común de este Occidente heterogéneo? Sin lugar a dudas, la creencia en un modelo político-económico basado en el crecimiento eterno y en el consumo. Lo que el historiador de la economía Karl Polanyi (1886-1964) denominó la "gran transformación", que consiste en concebir todas las actividades humanas como un valor mercantil. Lo que el filósofo Michel Foucault calificó de "racionalidad política neoliberal", que ha hecho del mercado no sólo la referencia en la esfera económica sino asimismo en las esferas política, social y cultural. De ahí la voz de alarma del antropólogo Claude Lévi-Strauss (1908-2009), que temía que la humanidad se instalara en la monocultura occidental. De modo que sí, la mundialización es simplemente una occidentalización, puesto que el mundo vive al ritmo de Wall Street, de Internet y de la gran distribución.

## El liberalismo como destino de la humanidad

La "genialidad" de Occidente consiste en haber "vendido" el liberalismo y después el neoliberalismo como si fueran el destino de la humanidad, y en haber hecho de ellos un *deus economicus*, una especie de "megamáquina", retomando la expresión de Serge Latouche, economista del decrecimiento.

Este proyecto se expande con la caída del Muro de Berlín en 1989. Sin fronteras (salvo las de países singulares como Cuba o Corea del Norte), Occidente conquista todos los territorios e impone su poder mundialmente. De ahí el sentimiento de un único mercado en el que el viajero occidental tiene la sensación de no abandonar nunca las veredas de París



© J. Rabey / Opale

### Ali Laïdi

Geopolitólogo y periodista, Ali Laïdi, nacido en 1966, es investigador en el IRIS (Instituto de Relaciones Internacionales y Estratégicas) de París y cronista de la cadena de televisión France 24, responsable del *Journal de l'intelligence économique*. Ha publicado *Le Jihad en Europe* (2002), *Les secrets de la guerre économique* (2004) y *Retour de flamme. Comment la mondialisation a accouché du terrorisme* (2006). Su última obra publicada es *Les États en guerre économique* (Seuil, 2010).



o de Nueva York. El año 1991, con la implosión de la Unión Soviética y la aceleración de la occidentalización del mundo representa el final del enfrentamiento de dos mundos diferentes.

Los turiferarios de la mundialización (antaño enemigos de los sistemas, sobre todo, el socialista y el comunista) sólo tardaron una veintena de años en convertirla a su vez en ideología, la de la "globalización". Esta ideología sostiene que la salvación de la humanidad se encuentra en el libre mercado y en la competencia libre y perfecta. La globalización sería entonces la respuesta a la cuestión heideggeriana sobre la esencia humana: un empresario de su propia vida. Entendámonos bien, no se trata de rechazar la mundialización ni de oponerse a sus ventajas. Se trata de mostrar que la mundialización occidental es nociva cuando se postula como universalismo último.

La "opa" de Occidente sobre el resto del mundo se ha topado particularmente con el terrorismo. Contrariamente a las tesis sobre el nihilismo y el fanatismo religioso, los militantes de Al Qaeda [y del EI] utilizan la violencia con fines políticos. Los textos de Al Qaeda, los de los islamistas que prefieren islamizar la modernidad a modernizar el Islam, muestran asimismo los fracasos políticos y económicos de los regímenes árabo-musulmanes y la destrucción de las sociedades musulmanas. Señalan a los regímenes árabes por haber sido incapaces de encontrar su lugar en esta mundialización y denuncian que han renunciado a proteger tanto las riquezas energéticas como los valores de sus sociedades.

En otras partes del mundo, Occidente no ha conseguido imponer su modelo a los "alters" y a otros indomables. Desde Porto Alegre hasta Pekín pasando por Johannesburgo, el mundo sigue siendo multicolor. McDonald's, Vuitton, Chanel, Google, Gap... son mundialmente conocidas... pero siguen siendo marcas. El imaginario que transmiten no ha conseguido convertir al resto del mundo en vasallo de Occidente. Las mentes han luchado haciendo uso de sus mismas herramientas: la competencia económica que permite actualmente a los países emergentes enfrentarse a las multinacionales occidentales en igualdad de armas.

Entonces, ¿estamos ante un choque de civilizaciones o de potencias? Una cosa es segura, el terrorismo islamista no es el motor de la historia de la pos Guerra Fría. En cambio, el estado de guerra económica en el que nos está sumiendo la occidentalización del mundo desde hace más de una veintena de años, en nombre de la competencia acérrima, desemboca en una resistencia tanto de las naciones como de los individuos.

### **Falta de representación**

Existe una resistencia a la estandarización de las costumbres del mundo. Lo que los pueblos temen no es la mundialización, sino la privación de su punto de vista sobre el destino común que esta

mundialización supuestamente encarna. Esta falta de representación encoleriza a los más radicales y los empuja a la violencia. Los países excluidos de la mundialización occidental quieren adaptar su modo de vida a la mundialización más que abrazar el nuestro. Como ocurre, por ejemplo, con la propuesta del mundo árabo-musulmán de hacer sitio a las finanzas islámicas, supuestamente menos especulativas, más justas y más sólidas.

Los partidarios de una mundialización menos occidental se reclutan también en Occidente. ¿Acaso no presionaron Canadá y Francia para que se votara, en 2005, en la UNESCO, un texto que protegiese la diversidad cultural? Al excluir la cultura de la esfera mercantil ya se está reconociendo que el mundo no puede pintarse de un mismo color.

## *La Tierra no podría soportar que el conjunto de la humanidad viviese con los estándares occidentales.*

Por otra parte, la occidentalización del mundo es un peligro para el propio Occidente. Su creencia en la competencia indiscriminada entraña una radicalización de las relaciones económicas en su seno mismo. El proteccionismo, el patriotismo y la guerra económica lo corrompen. Porque la competición económica no sólo obliga a los Estados a defender sus empresas, sus cuotas de mercado y sus puestos de trabajo, también los compele a proteger sus modelos sociales. Es un combate vital. Por mucho que el conjunto del mundo reconozca la economía de mercado como marco común, nadie está dispuesto a abandonar sus valores, sus costumbres y sus modos de vida diferentes.

Occidente sabe que la generalización de su modelo es una quimera. En un momento en que nuestro planeta sufre y en que la vieja tríada no deja de enarbolar sus exigencias ecológicas en nombre del desarrollo sostenible, Occidente ha comprendido que la Tierra no podría soportar que el conjunto de la humanidad viviese con los estándares occidentales. Un mundo totalmente occidentalizado es un mundo extenuado, perdido y muerto a corto plazo. Así pues, la victoria de la occidentalización del mundo significaría su derrota. El modelo occidental sólo puede perpetuarse si lo aplica una minoría de seres humanos... mientras que la mayoría se acomoda a él mal que bien. Ésta es la razón por la que la globalización occidental es una pesadilla. Para evitarlo, Occidente debe limitar su poder. Debe dar pruebas de tolerancia y reconocer que el Otro también posee una parte de la verdad. Acordémonos del clamor de los nuevos filósofos: "Teorizar es aterrorizar". ■